

Petronio no se engañaba. Dos días después, el joven Nerva, que siempre le había demostrado cierta simpatía, mandó á Cumas á su liberto con noticias de cuanto sucedía en la corte.

La muerte de Petronio era ya cosa resuelta. A la mañana siguiente un centurión debía entregarle la orden de permanecer en Cumas para aguardar las últimas disposiciones; el segundo mensajero le llevó, algunos días más tarde, la sentencia de muerte.

Petronio escuchó el mensaje con estoica tranquilidad.

— ¡Lleva á tu señor uno de mis vasos!, dijo, y dale las gracias de todo corazón, porque así puedo prepararme para la condena.

Y sonrió como quien goza de una anticipada felicidad.

Aquella misma tarde los esclavos se distribuyeron aquí y allá para invitar á todos los augustianos y á todas las damas residentes en Cumas á un espléndido banquete en la quinta del *arbiter*. Petronio dedicó el resto del día á la correspondencia y al baño; luego se hizo arreglar los pliegues de su toga por las esclavas encargadas de este servicio. Bello y radiante como un dios, se dirigió al triclinio para examinar y juzgar los preparativos, y después al jardín, en donde jóvenes y doncellas griegas estaban entretejiendo guirnaldas de rosas para la fiesta.

En su rostro no se notaba la menor inquietud: los esclavos sabían solamente que aquel banquete había de resultar extraordinario, pues el señor había ordenado que se repartieran ricos dones á aquellos de quienes estaba contento y que se reprendiera suavemente á los que no habían trabajado á su satisfacción ó que otras veces habían merecido su castigo. Había retribuído ya generosa y anticipadamente á los cantantes y citaristas. Por último, sentado bajo una haya, á través de cuyas ramas los rayos del sol dibujaban en el suelo las más caprichosas figuras, llamó á Eunica cerca de sí.

La joven griega llegó envuelta en blancas vestiduras, adornada con mirto la cabeza, hermosa como una de las Gracias. Petronio la hizo sentar á su lado, y cogiendo su rostro entre las manos, la contempló con aquella profunda admiración con que un conocedor del arte observa una obra maestra.

— Eunica, le dijo, ¿no sabes que desde hace tiempo no eres esclava?

Ella fijó sus ojos azules en su amante, moviendo la cabeza negativamente.

— ¡Soy tuya por siempre!, respondió.

— Quizá no sabes, prosiguió Petronio, que esta quinta, estos esclavos que ahora están entretejiendo guirnaldas, y todo cuanto contiene la villa, mas los campos y los rebaños, te pertenecen desde ahora.

Eunica se desprendió de sus brazos, preguntando asustada:

— ¿Por qué dices eso?



No puedo dejarte entrar sigue tu camino y que los dioses te consuelen. — (Pág. 354.)

Acercándose poco á poco le miró con angustia, palideciendo.

Sonriente contestó el *arbiter*:

— ¡Sí!

Callaron ambos. La suave brisa murmuraba entre el ramaje; la joven parecía transformada en una estatua de blanco mármol.

— ¡Eunica, dijo Petronio, deseo morir tranquilo!

Con amarga sonrisa, balbució ella:

— ¡Comprendo!

Llegada la noche, se presentaron numerosos invitados. Otras veces habían tomado parte en banquetes ofrecidos por el *arbiter*, y sabían que, comparados con ellos, hasta los convites de Nerón resultaban bárbaros y fastidiosos. Ninguno suponía que aquel sería el último festín; muchos sabían que las nubes de la cólera imperial iban cerniéndose sobre la cabeza de Petronio; pero esto sucedía tan á menudo y el *arbiter* había sabido disipar tantas veces la tormenta con una sentencia profunda ó con una frase dicha á tiempo, que nadie podía creer que le amenazase un peligro serio. Su semblante tranquilo, su alegre y serena sonrisa y su palabra les afirmaba en aquella opinión. La hermosa Eunica, para quien una sílaba de su amante era una ley, parecía reflejar en su rostro la tranquilidad de espíritu. Junto á la puerta del triclinio, muchachos con los cabellos recogidos en redecillas de oro colocaban sobre las cabezas de los invitados coronas de rosas, encargándoles, según costumbre, que atravesaran el umbral con el pie derecho primero. La sala estaba impregnada del perfume de violetas, y las luces brillaban en vasos alejandrinos de diferentes colores. Junto á los divanes, jóvenes griegas esparcían perfumes á los pies de los invitados, y los cantores y citaristas esperaban una señal del señor para dar principio á la música.

El servicio de mesa era espléndido; pero aquel lujo no ofendía ni menospreciaba á nadie; parecía una consecuencia natural del ambiente. Al entrar, se comprendía que no eran aquellos los banquetes de César, donde un elogio débil ó poco satisfactorio podía costar la vida. La vista de los vinos, puestos á helar en la nieve, de los escogidísimos manjares, de los cálices adornados con hiedra, y de las lámparas multicolores, alegraba todos los corazones. Las conversaciones joviales y animadas eran á veces interrumpidas por carcajadas y ruidosos aplausos.

Los comensales vertieron algunas gotas de vino en honor de los dioses inmortales, impetrando su gracia en favor del anfitrión. Que muchos de ellos no creyesen en los dioses no significaba nada. ¡La costumbre y los respetos humanos así lo habían establecido! Petronio, echado junto á Eunica, hablaba de Roma, de los últimos acontecimientos, de amor, de carreras, de Espícolo, que se había hecho célebre recientemente en el Circo, de los libros publicados á la sazón por Atracto y Sosio. Aproximando el cáliz á los labios, manifestó que bebía en honor de la señora de Chipre, la principal y más respetable de las divinidades, la única inmortal y omnipotente. Su discurso semejaba la luz del sol, que á cada instante ilumina un nuevo objeto, ó al céfiro estival, que despierta á las flores en los jardines. Hizo una seña á los músicos y en seguida resonaron las cítaras acompañadas de voces frescas y armoniosas. Algunas jóvenes de Cos, compañeras de Eunica, se dispusieron á danzar, haciendo resaltar con arte y suma gracia la perfección de sus formas. Un adivino egipcio predijo á los concurrentes el porvenir por medio de las iridescencias del agua en un vaso de cristal.

Cuando empezaban todos á cansarse de tales pasatiempos, Petronio, alzándose sobre los almohadones de Siria, dijo titubeando:

— Perdonadme, amigos míos, si durante un banquete me atrevo á pedir un

favor. ¿Estáis todos vosotros dispuestos á aceptar el regalo del cáliz con que bebéis en honor de los dioses y á mi salud?

Los cálices de Petronio eran de oro, adornados con piedras preciosas y artísticamente cincelados; aunque eran frecuentes en Roma regalos de tal naturaleza, todos mostraron gran alegría. Muchos lo agradecieron en alta voz, otros declararon que ni Júpiter en el Olimpo hacía á los dioses semejantes dones, y más de uno no se atrevía á aceptar regalo tan precioso.

Petronio levantó su copa, cuajada de brillantes de insuperables reflejos y de un valor incalculable.

— Con esta copa, dijo, he bebido en honor de la diosa Ciprina: ninguna otra boca humana podrá acercarse á ella los labios, y ninguna otra divinidad volverá á ser honrada por ella.

Esto diciendo, arrojó el cáliz preciosísimo sobre el pavimento cubierto de azafrán; cuando lo vio deshecho en mil pedazos, vuelto hacia los aterrados espectadores, exclamó:

— ¡Amigos míos, alegraos y escuchadme: los achaques y las enfermedades son la triste herencia de los últimos años de la vida! Os doy un ejemplo y un buen consejo: en vosotros está el evitar la vejez; marchaos antes de que llegue. ¡Así lo hago yo!

— ¿Qué piensas hacer?, le preguntaron todos con espanto.

— Quiero gozar, quiero beber, quiero oír música, quiero tener á mi lado la belleza divina, y por fin, quiero dormirme con la cabeza coronada de rosas. Me despedí de César. ¿Queréis oír mi último saludo?

Sacando un pliego que había puesto debajo de los cojines de púrpura, leyó lo siguiente:

«Sé, ¡oh César!, que aguardas con ansia mi llegada, que tu corazón cariñoso y leal me desea día y noche. Sé que quieres colmarme de dones, nombrarme prefecto de los pretorianos y ordenar á Tigelino que sea aquello para que los dioses le destinaron, esto es, un asnero en aquellos países que heredaste después que Domicio fué envenenado. ¡Perdóname! Pues te juro por las sombras de tu madre, de tu mujer, de tu hermano y de Séneca, que no puedo ir á verte. La vida es un tesoro inestimable; pero le quité á ese tesoro las joyas más preciadas, y además, en la vida hay algo que se me hace insostenible. Te ruego que no supongas haberme ofendido porque hayas matado á tu madre, á tu mujer y á tu hermano, porque hayas incendiado Roma y mandado al Erebo á todos los hombres honrados de tu reino. ¡No, por Júpiter olímpico! La muerte es la herencia de los hombres, y de ti no hay que esperar otra cosa. Pero haber torturado mis oídos durante años y años con tu poesía, ver moverse en danza estúpida tu vientre de odre y tus miserables piernas, tener que escuchar tu música, tus declamaciones y tus ridículos versos..., ¡todo esto es lo que supera á mis fuerzas y despierta en mí el deseo de morir! Roma se tapa los oídos cuando le hablas, el mundo se burla de ti; no puedo avergonzarme por tu culpa, ni quiero. Los aullidos del Cerbero podrán quizás traer á mi memoria tus cantos, pero me resultarán más agradables que éstos. Nunca he sido amigo de Cerbero, y por lo tanto, no tendré que avergonzarme por sus rugidos. Consérvate bueno, pero no hagas música; mata á tu prójimo, pero no te ocupes de poesía; sé en buen hora envenenador, pero no bailes, por caridad; continúa incendiando, pero compadécete de las cítaras. Estos son los deseos y el último consejo de tu *Arbiter elegantiarum*.»

Los comensales enmudecieron de espanto; todos sabían que para Nerón había de ser menos dolorosa la pérdida de su imperio que un golpe semejante. Compre-

dían perfectamente que el autor de una carta como aquella debía morir; y el solo terror que les producía haber oído aquellas palabras les quitaba el aliento.

Pero Petronio sonreía tranquilo, como si se hubiese tratado de una bromita inocente.

— ¡Animaos y desechad todo temor! No hay necesidad de que ninguno de vosotros se alabe de haber oído la carta; yo, por mi parte, no hablaré más que con Caronte, mientras atravesase el río con él.

Haciendo con la cabeza una seña al médico griego, le tendió el brazo. El galeo no lo comprendió, y obedeciendo inmediatamente, le abrió una vena cerca del codo. La sangre salpicó los almohadones y roció el rostro de Eunica, que, sosteniendo la cabeza de Petronio, se había inclinado sobre él para decirle:

— ¿Y crees que voy á dejarte? ¡Yo te seguiría, aunque los dioses me prometieran la inmortalidad y César me asegurase el dominio del mundo!

Petronio sonrió, y levantándose cuanto le permitían sus fuerzas, puso sus labios sobre los de Eunica, murmurando:

— ¡Ven, ven conmigo!

Inmediatamente extendió ella su torneado y rosado brazo, en el que también abrió el médico griego una vena; un instante después, su sangre se confundía con la de su amado.

Petronio hizo seña á los músicos y en el acto se oyeron los sonidos y las voces. Cantaban aquella canción de Anacreonte en que el poeta se lamenta de haber encontrado un día, lloroso y medio muerto por el frío, al hijo de Afrodita; lo cogió con ternura, lo calentó y lo acarició; pero luego el ingrato niño se entretuvo en traspasarle el corazón con un dardo. ¡Desde aquel día la paz huyó de su alma!

Eunica y Petronio, apoyados el uno contra el otro, pálidos, pero bellos como dos divinidades, escuchaban sonrientes. Cuando terminó la canción, Petronio mandó que se sacaran otros vinos y otros manjares, y conversó con sus invitados sobre varios asuntos, como tenía por costumbre. Pidió después al griego que le vendasen el brazo por un momento, pues se sentía atormentado por el sueño. Quería sacrificar algo á Ipno antes de que el Erebo le acogiese en su seno para siempre.

Y en efecto, se adormeció. Al despertar, vió la cabeza de Eunica, como una blanca flor, colocada sobre su pecho.

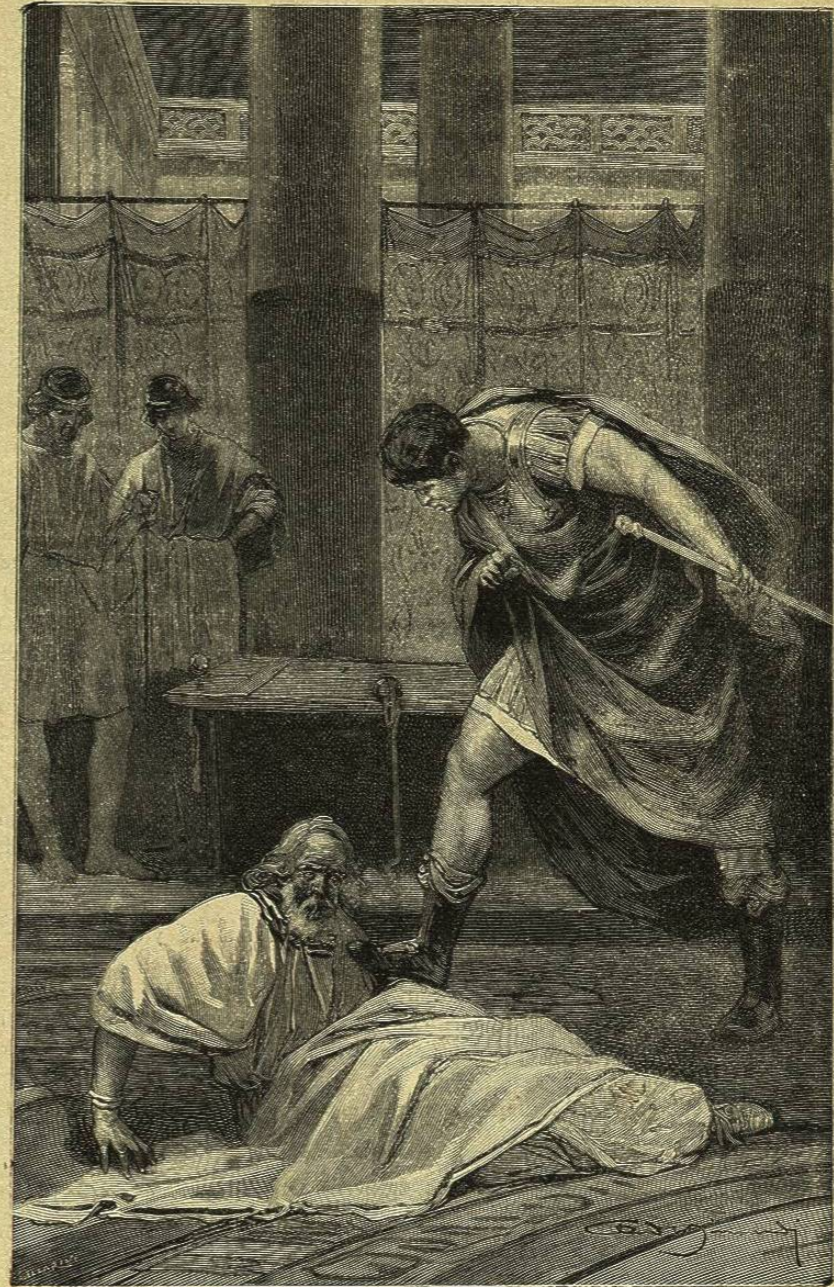
Muy despacio y con cuidado la puso sobre un almohadón para poderla contemplar otra vez, y en seguida se hizo quitar la venda.

Los cantores entonaron de nuevo la oda de Anacreonte; los citaristas acompañaban con tanta dulzura que no se perdía ni una palabra. Petronio palidecía cada vez más: cuando iba á apagarse la última nota de la canción, se volvió á sus invitados, diciendo:

— Debéis reconocer, amigos, que con nosotros declina...

No pudo proseguir: sus brazos enlazaron á Eunica, su cabeza cayó sobre los cojines de púrpura..., ¡estaba muerto!

Los comensales miraban consternados aquellas dos figuras, que semejaban dos estatuas bellísimas, comprendiendo que con ellos moría lo que aquellos tiempos tenían aún de grande: ¡la poesía y la belleza!



¡Has de retractarte! ¡Debes hacerlo, sí, sí! — (Pág. 361.)